

Post mortem

Daniel Rodríguez Barrón

Cuando mamá murió, comencé a visitar por lo menos una vez por semana a mi padre. Al principio, no fueron visitas placenteras. Aunque no quería reconocerlo, naturalmente el hombre estaba muy triste por la muerte de su mujer. No hablábamos mucho, pero durante la charla nos daba tiempo para quejarnos del fútbol, de la política y sobre todo de Hacienda.

Mi padre fue contador, ahora está retirado, y durante toda su vida laboral le guardó una irritante fidelidad a esa institución; estaba convencido de que pagar impuestos beneficiaba a la sociedad y era un deber cívico. Pero ahora que ya no ejercía su oficio, Hacienda le parecía una cueva de ladrones donde sólo la rapiña y la avaricia contaban.

—Fíjate —me decía— el Presidente dice que aquí no se paga ni el 30 por ciento de lo que se recauda en los países europeos. Pero qué diferencia. Allí sí hay servicios, un buen transporte público, una pensión decente. Yo pagué religiosamente mis impuestos durante más de cincuenta años y desde entonces en esta ciudad no ha mejorado nada. Y de mi pensión, mejor ni hablamos...

Era como si, ante la muerte de mi madre, este buen hombre no supiera hacer otra cosa que reñir con el otro amor de su vida, encontrándole, por fin, todos sus defectos.

—Pues tú ya terminaste —le contestaba yo— pero a mí me faltan unos 30 años de impuestos.

Con el paso de los meses, lo fui sacando de su casa con el fin de distraerlo. Lo primero que hicimos fue ir al supermercado. Pero allí también encontró motivos para pelear. Preguntaba por marcas o productos que ya no se encontraban a la venta desde hacía unos veinte o treinta años. Las dependientas, jovencitas de menos de veinte años, se miraban entre sí y se reían como japonesas tímidas. Finalmente, alguna acertaba a contestar: “ya no tenemos, pero se lo aparto para la próxima vez”.

Papá no les creía. También estaba seguro de que los mejores refrescos del mundo eran el Delaware Punch y

el Lulú de fresa. Usaba jabón Zote, no sólo para lavar su ropa (lo rayaba como si fuera queso, y ponía a hervir la rayadura para hacer un jabón líquido; como si no hubiera miles de marcas de jabones líquidos), sino también para bañarse con él. Usaba además un zacate (que nunca había en el súper y debíamos comprarlo en el tianguis), y se tallaba con tal fuerza que a veces, cuando llegaba de visita, lo encontraba con la cara roja como si se hubiera frotado con una piedra.

Fui descubriendo algunas cosas más, pero nada tan extraordinario como lo que me contó una tarde, cuando ya habían pasado seis meses desde la muerte de mi madre. Aquel día me llamó a la oficina: Papá jamás llamaba al trabajo y siempre esperaba a que fuera yo quien me comunicara con él.

—¿Andrés?

—¿Papá?

—Andrés, tengo que verte de inmediato. Es importante.

—¿Te pasó algo? ¿Estás bien?

—Perfectamente, es sólo que necesito hablarte.

—¿Te hace falta dinero?

—No, hombre, no es eso.

—¿Entonces?

—No quiero decírtelo por el teléfono. ¿A qué hora sales a comer?, te invito un trago.

—No puedo beber, papá, tengo que regresar a la oficina.

—¿Sabes? La única cosa de la que me arrepiento, ahora que ya soy viejo, es haber creído en la patraña de que hay “cosas importantes”. Que no te engañen haciéndote creer que ese es tu mejor o tu último trabajo, que no te engañen haciéndote creer que perderás tu mejor oportunidad. Si pierdes un trabajo vendrá otro, porque es un castigo del que no podremos librarnos nunca. Y las mejores oportunidades no existen, sólo hay opciones que puedes tomar o no, que sabes aprovechar o no.

—Está bien, papá, no te exaltes, acuérdate de tu presión. ¿Dónde quieres que nos veamos?

—En el Mariachi Rata.

Y colgó.

Recé para que el Mariachi Rata aún existiera. Era una cantina a la que mi padre me llevaba cuando era adolescente. Le decía a mi madre que me llevaría a la peluquería y en el trayecto nos metíamos en el Mariachi Rata; no me dejaba beber alcohol, desde luego, sólo me llevaba para que “aprendiera a conocer el ambiente”. Aunque la verdad nunca encontré nada raro o siquiera curioso en el Mariachi Rata. Era una cantina típica donde los parroquianos jugaban dominó mientras bebían, o miraban con cierto tedio el fútbol o el box. No dejaban entrar a las mujeres, al menos en aquella época, así que la gente salía del baño ajustándose el cierre del pantalón o fajándose la camisa y luego cerrando el cinturón como si estuviera en su casa. Nunca supe por qué

le atraía el lugar, pero sin duda el Mariachi Rata le gustaba a mi padre.

Afortunadamente, aún existía y estaba igual que cuando lo conocí. Incluso los comensales parecían estar atrapados en los primeros tres días de los años ochenta. Busqué entre las mesas, hasta que vi a mi padre haciéndome señas con la mano. En cuanto me senté, llamé al hombre que atendía la barra. Me presentó con él, y ambos (el tipo y mi padre) comenzaron a hacer bromas sobre mi físico como cuando era un muchacho.

—Creíamos que no iba a dar el estirón, ¿verdad, Julio?

—Sí, yo le dije a tu padre, “métele a hacer deporte”.

—Así que usted es el culpable de mis seis años de karate —le dije al hombre de la barra.

Los viejos rieron y el tipo se despidió no sin antes preguntarme qué iba a tomar.

—Ya le das permiso, ¿no?

—Claro, a ver mijo qué te tomas.

—Una cerveza.

—No seas aguado, hombre, que te quiero contar algo.

—Entonces un tequila.

En cuanto la mesera trajo los tragos (al parecer, ya dejaban entrar a las mujeres), le pregunté:

—¿Qué me quieres decir?

—Primero digamos salud.

Se le veía contento, muy a sus anchas en el lugar.

—¿Y bueno?

—He visto a tu madre.

Traté de no escupir el tequila, ni de hacer nada que pudiera alterarlo.

—No digas eso, papá.

—Es en serio.

—Papá, no me preocupes, hasta ahora todo iba bien.

—Y eso no es lo peor.

—¿Ah no?

—No. La vi y te puedo jurar que estaba más joven que cuando murió.

Quise reírme, luego gritarle, pero no pude.

—¿Dónde la viste? —le pregunté.

—En el supermercado. Estaba comprando un tinte para el cabello. Lo primero que vi fue la caja del tinte, pensé “como el que compraba mi mujer, rubio cenizo”, luego levanté la vista para mirar a la compradora y allí estaba ella.

—¿Comprando un tinte?

—No pudo haber cambiado tanto.

—Tienes razón, sólo murió. Mira que volver a la vida sólo porque olvidó su tinte.

—Si esto se va a convertir en motivo de risa, aquí la dejamos.

—¿Le hablaste? —me puse serio.

—¡No, cómo crees!

—¿No le hablaste?!



—No, fue curioso, después de 50 años de casados, no encontré nada que decirle.

—¿Entonces de qué hablaban tú y mamá?

—Tu madre y yo continuábamos las conversaciones, nunca las comenzábamos.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué?

—Digo, si no le hablaste, ¿cómo saber que era ella?, pudo haber sido alguien parecido.

—Olía a ella. Tú no tienes ni idea de lo que es dormir junto al mismo cuerpo durante tantos años. Te digo que era ella.

—Está bien, pongamos que era ella, ¿y ahora qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué vas a hacer?

—No sé, no tengo su teléfono ni sé dónde vive.

—Papá, ¿de veras te sientes bien?

—¡Olvidalo! ¡Olvidalo todo! —dijo y nos quedamos en silencio. Temí que mi padre también se estuviera acercando a la muerte y que tal vez mamá se lo estuviera llevando.

Sin embargo, mis temores se disiparon, al menos por un par de meses. Papá y yo volvimos a entablar la conversación de siempre. Una tarde lo invité al cine, elegí una película, pasé por él y comimos antes de llegar al multicinema. Durante la proyección, el sonido le pareció demasiado fuerte, la sala demasiado incómoda, se peleó con dos personas que llamaban por su celular y francamente desesperado me dijo, “voy al baño” y se fue. Lo esperé un buen rato y al ver que no regresaba, salí a buscarlo. Estaba sentado frente a una mesa, tomando café. Se veía descompuesto, pero se lo atribuí a sus peleas con los cinéfilos.

—¿Por qué no regresaste? —le pregunté.

—Me perdí. Entre tanta sala, no supe en cuál estabas.

—No te creo. ¿Te enfadó tanto la película?

—Puro sexo. ¿Por qué elegiste eso?

—Papá, es una película histórica.

—Sí, la historia del sexo.

—No es eso lo que te molesta. Dime qué pasó.

—Me encontré con tu madre.

—¡Papá, no sigas con eso, por favor!

—¿Qué quieres que haga?

—No sé, pero empiezas a preocuparme.

—No estoy loco, si eso es lo que quieres decir.

—Está bien, ¿dónde la viste?

—Aquí en el cine.

—¡Aquí! Vaya, mamá nunca salía, pero después de muerta sí que sabe divertirse.

—Andrés, no seas majadero.

—¿Le hablaste?

—No, iba con un hombre.

—¡Mamá con otro hombre!



Kim Novak por Leonard McCombe, 1956



—Sí, la tomaba del brazo.
—¿Estás seguro de que era ella?
—¡Qué la chingada, que era tu madre!
—Papá... ¿No quieres que hablemos con un médico?
—Ya te dije que no estoy loco, Andrés, no sigas. La vi, estaba formada en la cola para entrar a una de las salas, y el tipo le decía cosas, se acercaba a su oído y le decía cosas, y ella se moría de risa. ¿Y sabes qué es lo peor?
—No.
—Estaba más joven.
—¿Más joven que cuando la encontraste por primera vez?
—Mucho más, casi tenía la edad que cuando la conocí.
—Entonces, incluso más joven de lo que yo soy ahora.
—Andrés, tú ya no eres joven.
—Eres un cabrón.
Terminó su café, nos levantamos y nos fuimos.

Dejé de verlo durante un tiempo. Tuve que salir del país debido a cuestiones de trabajo. Llamé varias veces desde el extranjero, pero no me contestó. Me hice creer,

para no preocuparme, que aún necesitaba tiempo para vivir su duelo. Cuando regresé a la ciudad, volví a marcarle, pero se puso la grabadora y dije: “Papá, si no me contestas, voy a ir para allá inmediatamente”. Entonces levantó el teléfono y me pidió que no fuera, “no es necesario, me encuentro perfectamente, ya nos veremos”, terminó.

Yo comencé a frecuentar los lugares que le gustaban, para ver si de casualidad me lo topaba. No eran muchos: un café, una cantina, la cola del banco el día de la paga de pensión. Y lo logré, una noche lo encontré en el Mariachi Rata, estaba en una mesa muy alejada de las demás, completamente borracho y mirando fijamente un pedazo de papel que tenía sobre la mesa. Me acerqué, y cuando me vio, comenzó a llorar. Yo jamás lo había visto llorar.

—¿Es por mamá?

—Sí.

—¿Qué pasó? —dije y me senté frente a él.

—Volví a encontrarla.

—¿Estaba más joven?

—Era una adolescente. Apenas y la reconocí. Estaba como en esta foto —y me alargó el papel que resultó ser una foto amarillenta.

Era una imagen que conocía donde se ve a mamá de unos catorce años, usaba una minifalda y botas a gogó, llevaba una blusa de flores y un listón en el pelo. Tras ella, un grupo de muchachos se reían ostentosamente, unos llevaban vasos en las manos, otros cigarrillos, casi se podía escuchar el ruido de la fiesta. Se la devolví.

—¿Pudiste hablar con ella?

—Sí, me acerqué y le hablé.

—¿Qué pasó?

—No me reconoció. Le dije “hola, soy yo” y me dijo: “sácate a la verga, pinche viejo raboverde”.

—Papá...

—No me reconoció, Andrés, ¿te das cuenta? La mujer con la que estuve casado durante 50 años, no me reconoció.

—Lo siento mucho, papá.

Se hizo un silencio. Luego sorbió mocos y continuó.

—¿Sabes? Recordé que lo peor que le pasó a tu madre durante toda su vida fue envejecer. Odiaba envejecer, a veces creo que se murió sólo para no seguir envejeciendo.

—Nunca lo noté.

—Se levantaba por las mañanas, se veía al espejo y decía: “¿quién es esta vieja?”. Odiaba las pecas en sus manos, sus várices, su pecho caído, odiaba las raíces de su cabello y prefería tropezarse con los muebles antes que usar lentes... Y entonces lo comprendí todo.

—¿El qué?

—Me volví a acercar a aquella muchacha y le espeté en plena cara: “Cabrón, te saliste con la tuya”. **u**